



Ririro

LEE DONDE QUIERAS, CUANDO QUIERAS

Los viajes del Príncipe Flamenco

Royal Dixon

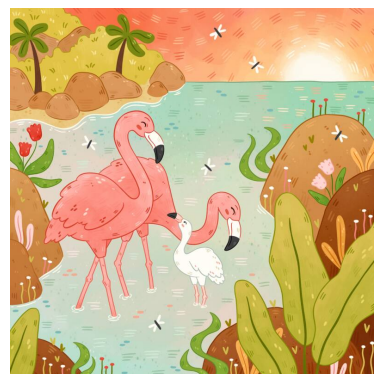
Nadie se habría enterado de las maravillosas aventuras del príncipe Flamenco si la señora Vieja Tortuga no hubiera estado allí.

Pues la señora Vieja Tortuga no sólo es la tortuga más grande y vieja que existe, sino también la más sabia. Tiene quinientos años y ha vivido muchas aventuras. También cuenta hermosas historias, preferentemente a la luz de la luna, en un tranquilo pantano o bajo una duna protegida del viento. A su alrededor se reúnen grullas, tortugas de los pantanos, cisnes negros e incluso zorros sabios. Sus historias, especialmente las del Príncipe Flamenco, se cuentan en todo el mundo, incluso en el lejano norte, adonde la Garza —a la que le encanta viajar— ha llevado los cuentos.



La historia del Príncipe Flamenco viene de un pasado lejano, cuando este hermoso flamenco blanco vivía en una preciosa isla tropical. En esta isla hay una gran laguna a la que no pueden llegar los barcos. No hay ningún lugar más seguro para los flamencos que ese. Los grandes flamencos rosas construyen sus nidos en ese lugar secreto y crían allí a sus polluelos.

Una hermosa mañana nació un flamenco blanco especial. Todos los flamencos gorjearon a la vez y todas las madres estaban ocupadas con sus propios hijos. Esa mañana nacieron cientos de crías, así que el flamenco blanco no llamó la atención. Su madre estaba muy contenta con él y su majestuoso padre lo miraba con aprobación. Le pusieron el nombre de Ala Blanca.



El joven padre inclinó su grácil cuello hacia abajo y dio al bebé el delicioso jugo del marisco. Su madre, mientras tanto, se acicalaba las plumas y volaba por los bancos de arena.

El sol calentaba mucho y no había sombra en ningún sitio. Pero los flamencos

hacían sombra con sus alas encima de los nidos. Ala Blanca comió tanto que al atardecer ya había crecido un poco y podía mover las alas y las patas y le salían sonidos de la garganta. Los días siguientes creció rápidamente y por fin salió del nido, que estaba hecho de barro, arena y ramitas, y empezó a andar.

Al principio, Ala Blanca era como los demás flamencos pequeños y jugaba con ellos en el suelo de arena de Ciudad Flamenco. Pronto pudo hacer vuelos cortos por encima de la ciudad. Pero justo cuando muchos de sus primos empezaban a mudar su plumón blanco y a tener hermosas plumas rosas en su lugar, sus alas se volvieron cada vez más blancas.

El pequeño Ala Blanca se entristecía cuando sus compañeros de juego se reían de él por esto. También recibía poco cariño de sus padres. Sus padres se avergonzaban de él porque tenía las alas blancas y ya no lo querían. Incluso los pájaros más viejos de Ciudad Flamenco nunca habían oído hablar de un flamenco con alas blancas.

Todas las noches, el pequeño flamenco enterraba la cabeza en el cuello de su hermosa madre y decía:

—¿Crees, querida madre, que mañana por la mañana seré rosa? —y ella le decía que se callara y se fuera a dormir.

Pero cada mañana seguía siendo blanco. Esto lo ponía muy triste. Ya nadie quería jugar con él porque era blanco. Tomaba el peor pescado para comer y no volvía a casa hasta que los demás se hubieron ido. No quería llamar la atención. Era una vida difícil para él y pronto se volvió aún peor. El rey de los flamencos dijo que los flamencos con alas blancas debían morir.

—¡Vete, hijo mío, vete! —susurró su madre, pues había oído que Ala Blanca iba a morir—. Vete tan lejos como puedas. Algún día todo irá bien. Recuerda que tu madre te ama.

Y así terminó la juventud de Ala Blanca. Antes de la primera luz del alba, el hermoso y joven pájaro echó a volar. Voló durante kilómetros hasta que sus alas apenas pudieron llevarlo. Entonces vio tierra a lo lejos y el pájaro solitario y hambriento descansó a la sombra de un mangle.



De repente, oyó una voz amable y gentil. Para su sorpresa, vio una enorme tortuga en la playa, debajo de él.

—Ah, ahí estás —dijo la tortuga alegremente—. He oído hablar de ti. Te echaron, ¿verdad? No querían blancos en su familia rosa. Bueno, no estés tan triste.

La tortuga se abrió paso entre la arena y observó:

—Los pájaros son criaturas graciosas. Fíjate en la diferencia entre ustedes y nosotros. A mí no me importa el aspecto de mis hijos. Voy a la duna a empollar nueve huevos. Sólo espero que eclosionen y que no se coman a las crías. Pero por lo que a mí respecta, pueden salir de sus caparazones del color que quieran. Las tortugas no nos preocupamos. Nos dejamos llevar tranquilamente por el agua. Es nuestra forma de vida.



Luego se rio a carcajadas y se sentó a cavar un hoyo en la arena blanca.

—Prefiero estar sola cuando pongo huevos, pero puedo contarte historias en otro momento, hijo.

Nunca nadie lo había llamado “hijo” y nunca nadie había sido tan amable con él. La buena vieja tortuga y sus alegres maneras habían hecho que, de repente, la vida mereciera la pena. De repente, Ala Blanca se dio cuenta de que tenía mucha hambre y comió con avidez los cangrejos que antes había considerado indignos. La luna estaba alta y casi se quedó dormido cuando la vieja tortuga terminó de cavar en la arena y puso sus huevos. Su historia fue breve, pero sus palabras inspiraron a Ala Blanca a emprender un viaje.

—Eres especial —comenzó—. Probablemente seas un rey. Pero este no es tu lugar. Ve a donde tengas que ir. Está muy lejos de aquí. El Emperador tiene un palacio cerca de las montañas humeantes, y quiere un flamenco blanco. Vuela con los pies hacia el amanecer hasta llegar a la desembocadura del río, y luego sigue el río hasta las montañas. Allí es donde debes estar. No tengas miedo cuando llegues allí. Olvida a tus primos y sé grande.

El pobre Ala Blanca estaba casi mareado de tantas cosas buenas. No sabía lo que significaba emprender un viaje. Pero la vieja tortuga le habló de las muchas islas que vería y de los peligros del camino. Luego le dijo que partiera rápidamente y comenzó su propio y arduo viaje a través de la arena, de regreso a las profundas aguas del mar.

A la mañana siguiente, Ala Blanca estaba mar adentro, buscando una isla donde pudiera encontrar agua y comida. Su objetivo era llegar al reino del Emperador, que quería un flamenco blanco. Tras viajar durante muchos días y noches, llegó a una montaña cubierta de palmeras. No había ninguna orilla blanca, sino un espeso pantano, y vio el río que lo llevaría hasta el Emperador.

Un pájaro negro con un gran pico amarillo lo saludó con una risa alegre y le

confirmó que, efectivamente, estaba en el buen camino. Se trataba de un tucán. El pájaro le dio muchos buenos consejos, pero lamentó que el flamenco no quisiera comer plátanos en lugar de pescado. El alegre tucán se ofreció a acompañar a Ala Blanca en su viaje por el valle. Pero sólo voló una corta distancia porque vio higos silvestres que quería comer por el camino.

El viaje por el valle del río fue largo. Por el camino, Ala Blanca vio ruidosos loros y millones de insectos que hacían destellar sus linternas. De los oscuros bosques surgían los gritos de grandes felinos y fuertes serpientes que atrapaban a sus presas. Finalmente, llegó a una hermosa llanura y las montañas humeantes se hicieron visibles. Estaba casi en la ciudad del Emperador.

Al amanecer, vio los altos muros del palacio y oyó una hermosa música. Esperó en los altos acantilados sobre el río y acicaló sus hermosas plumas blancas. Cuando llegó el día, la corte del Emperador subió por la roca hasta el palacio. Ofrecieron al Emperador "la luz del sol" porque el Emperador era santo.

Ala Blanca se elevó por encima de todos ellos. Su gran figura blanca era hermosa a la luz del sol naciente. Ningún pájaro había sido nunca tan hermoso. Vio la procesión de gente que se detuvo asombrada. Luego descendió lentamente.



A partir de ese momento, Ala Blanca llevó una vida casi como la de un emperador. Le crearon un hermoso parque y le dieron sirvientes. Le dieron de comer los peces más tiernos y los caracoles más jugosos. Le ataron una de sus delgadas piernas con una cadena de oro y le pusieron una cadena de oro con turquesas alrededor del cuello.

Ala Blanca se llamaba entonces Príncipe Flamenco y trabajaba como consejero del Emperador. Era muy sabio y se pasaba horas de pie sobre una pata junto al trono. Durante años vivió con esplendor y fue adquiriendo cada vez más sabiduría. También llegó a amar a los pequeños príncipes y princesas.

Le encantaba una princesa en particular, pero eso lo continuará la señora Vieja Tortuga la próxima vez. Primero tiene que ir al extranjero a ocuparse de unos asuntos. Después, les contaremos más cosas sobre el viaje del príncipe Flamenco.

Instagram: @riri_reading · Pinterest: pinterest.com/ririocom